



# MIN, EL QUE DUDABA

*Por Ada Albrecht*

**M**in amaba a su Maestro, pero no lo amaba. Quería su monasterio, pero no lo quería. Se sentía muy bien con sus compañeros, pero no se sentía nada bien con ellos, y cuando iba al mundo seguro de su pasión por él, no bien calmaba su sed en las aguas de algún pozo lodoso, regresaba rápidamente al monasterio, seguro de su rechazo al mundo. Y otra vez, hoy amaba su vida de plegarias y meditaciones, para aborrecerla mañana y regresar a la Casa de *Mâyâ*.

Min tenía un pie en el cielo y otro asentado sobre la tierra. Con un oído escuchaba los rumores de la ilusión, con el otro el llamado celeste. Con uno de sus ojos, contemplaba extasiado todas las formas bellas; con el otro, sólo el rostro de Nuestro Señor. Su corazón latía de la misma manera para todo: un latido para los pies, otro para las alas... uno para lo perecedero y corruptible, otro para lo arcano y eterno. Una veleta se movía mucho menos que la mente de Min. El mar lo honraba como su Maestro, y el viento, nunca quieto, e inconstante, lo nombraba con reverencia como su *Guru*.

Min era día y noche, era camino hacia adelante y camino hacia atrás. Iba y venía de la oscuridad a la luz y de la luz a la oscuridad. Le atraían los dos mundos con la misma intensidad que a una tortuga le atraen la tierra y el agua. En su cuarto del monasterio era extremadamente pulcro y aseado. En realidad, el cuarto suyo era un dechado de prolijidad. Tal vez porque Min se esmeraba con el piso y las paredes del mismo, inconscientemente, como hubiera querido esmerarse con su propia mente y establecer allí el orden que le faltaba. Nadie jamás lo vio serio; siempre sonreía. Era atento y bondadoso, más allá de su naturaleza dual, lo que lo hacía simpático a los ojos de todos sus compañeros y superiores, que eran para con él la misma encarnación de la paciencia.

Cierta vez, Min se dijo:

—Ahora sí, estoy absolutamente seguro de que esta vida dentro del Monasterio es absurda y una pérdida de tiempo. Mejor regreso al mundo del cual jamás debería haber salido.

Y se fue a la ciudad a llenarse con ella los bolsillos de sus ilusiones. Como era de esperar, la hartura lo alcanzó pronto, y comenzó a extrañar a sus compañeros del Monasterio.

—Aquello sí que era vida —se dijo, o mejor dicho, se desdijo—. Mejor regreso allá, pues esto de vivir en el mundo es una dilapidación inútil de la energía, y no sirve para nada.

Y así, rápidamente se puso en marcha hacia el lugar bendito, como lo hacía siempre, loco de contento y seguro de haber escogido correctamente.

Entonces los Dioses se dijeron:

—Es una criatura difícil. No se encuentra bien en ninguna parte, no podemos hacer de él un ser de la tierra ni tampoco uno del cielo. Es menester darle unas cuantas lecciones, de modo que aprenda lo que debe hacer para colaborar con su crecimiento interior.

Y dicho y hecho, pusieron manos a la obra.

Estuvo un breve tiempo en el Monasterio, y como ya era su costumbre, volvió a salir de él.

—Esta vez me casaré —se dijo al abandonarlo— y seré un dueño de casa, esto es, un *Grihastha*.

Como era muy dado a las aventuras amorosas, le fue sumamente fácil ingeniárselas para conseguir una compañera. Esta era una joven muy bella de la cual se había prendado sinceramente. Mas, un día le decía “te quiero” para negárselo rotundamente al siguiente. De igual manera, entre sus “no” y sus “sí”, fue establecida la fecha de la boda.

El día fijado llegaron los sacerdotes, se preparó el fuego sagrado, y ya en plena ceremonia sucedió algo extraño: la joven daba un paso adelante —de los siete pasos rituales— y daba

otro atrás. Min se sintió sumamente disgustado con esta actitud, pero como es de suponer, en medio de la ceremonia se guardó muy bien de expresar sus sentimientos. De todos modos, esta finalizó sabe Dios cómo, pues ninguno de los presentes hubiera podido decir a ciencia cierta si el casamiento había finalizado, o había sido interrumpido por la mitad sin terminar. La coronación con las guirnaldas, no se había efectuado, pues, la joven, al extender los brazos para enlazarla al cuello de su bienamado, juzgó más oportuno depositarla sobre un banquillo aledaño, del cual la tomó nuevamente para regresar a ponérsela, arrepintiéndose a último momento y saliendo hacia los jardines con la guirnalda en mano. Cuál fue el destino de las desdichadas flores, y en qué lugar terminaron, nadie podría decirlo. Eso sí, no lo hicieron en el atribulado cuello de Min, quien se hallaba sumamente disgustado.

—Le expresaré mi desagrado por la situación apenas termine todo esto —se prometió, pero no pudo hacerlo, pues si bien la joven había subido al carruaje matrimonial que los esperaba, descendió del mismo rápidamente y se perdió en el laberinto de las calles del pueblo.

—¿Estoy casado o no estoy casado? —se interrogó Min presa de angustia.

—La verdad, es que ni yo mismo lo sé —finalizó.

Y para calmar la desazón que lo embargaba decidió visitar a unos amigos, pero se arrepintió por el camino, eligiendo en vez, pasar el resto de ese día a la orilla de un río.

En eso estaba, cuando fue asaltado por dos ladrones.

—¡La bolsa o la vida! —dijo uno de ellos.

Y el otro agregó:

—¡No! ¡Mejor la bolsa que la vida!

Y el otro:

—¡No! ¡Mejor la vida que la bolsa! Matémosle, ya que nos ha visto el rostro y puede denunciarnos.

—No lo hagamos. Es preferible hurtar antes que matar —repuso su compañero.

Y como el primero no estuviera de acuerdo, se trenzaron en una feroz batalla entre ambos, cosa que aprovechó Min para correr y escurrírsele a ambos ladrones.

En su alocada marcha, cayó en una zanja y se hirió malamente una pierna. Como pudo, llegó hasta un hospital.

—Estoy herido y necesito cura —dijo a una enfermera que hallara en la puerta del mismo.

—Espere usted un instante —repuso la enfermera, rogándole tomara asiento en la Sala de Guardia. Y se dirigió al interior de una de las numerosas habitaciones del nosocomio. Re-

gresó precedida por un médico que examinó de inmediato sus contusiones.

—Esto es muy feo y habrá que operar —comunicó a Min, agregando:

—Para ello debo consultar con otros colegas.

Y fue por ellos, regresando con dos más.

El primer médico, luego de auscultar el miembro herido, dijo:

—Es una infección, y habrá que amputar la pierna.

El segundo dijo:

—No estoy de acuerdo. Esto es más que una amputación, pues el cuerpo entero participa ya de la infección de modo que comenzaremos con una cirugía cardíaca a fin de poner fuerte al corazón para que resista tamaña calamidad.

Y cuando le llegó el turno de opinar al tercero:

—Yo lo internaría en observación, luego de curar la herida, por tiempo indeterminado a fin de observar el proceso que vaya siguiendo el mal.

Como no lograban ponerse de acuerdo, y cada quien aseguraba que su punto de vista era el correcto, las voces iban en aumento y para nada se acordaban de Min, quien más rápido que ligero ganó la calle seguido por la enfermera.

—No es nada grave —le dijo esta. He visto heridas peores que no necesitaron ni de un yeso siquiera. No tiene nada roto, es sólo un tajo profundo. Láveselo con alcohol y póngase este unguento. Verá que se cura con rapidez... Es claro que nadie sabe... a lo mejor es conveniente amputar...

Pero ya el desdichado Min no la escuchaba, pues, renegando y todo, echó a correr más rápido que el viento.

A los pocos días, estaba completamente curado y decidió entonces, regresar por centésima vez al Monasterio.

—Nunca debí abandonarlo. La vida en el mundo está llena de incertidumbres —se dijo, agregando:

—Allá está la luz. ¿Cómo pude ser tan ciego como para ausentarme de él?

Y retomó alegremente el camino hacia su hogar espiritual.

Antes de llegar, y restándole todavía un buen trecho, sintió hambre. En ese mismo momento vio una casa asentada a un costado del sendero

—Iré a pedir algún alimento en esa casa —se dijo, dirigiéndose hasta ella.

Llamó a la puerta y aguardó:

—¿Quién es?, —preguntó alguien desde el interior.

—Un viajero que ruega por un pedazo de pan. Voy al Monasterio del Maestro Kam, tengo aún un largo trecho que recorrer, y me siento débil a consecuencia del hambre.

—Espera y te lo daremos —le contestaron.

Min se sentía feliz y aguardó alegremente. Entonces salieron dos viejecitas del interior de la casa. Una llevaba frutas y la otra una fuente con chapatis.

—El chapati se come con salsas, pero como no tenemos ninguna, puedes hacerlo con estas frutas —repuso la más anciana de las dos.

—No —dijo la más joven. Come primero el chapati solo y luego la fruta.

—¿Cómo es eso? —arguyó la primera—. ¡Primero las frutas, luego el chapati!

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que sí!

—¡Que no y mil veces no! ¡Primero las frutas y luego el chapati, cabeza de asno!

—¿Yo, cabeza de asno? ¡Entonces tú, cabeza de jamelgo que ya nada recuerdas, candidata como eres a las legiones de Yama!



En medio de la discusión, una de ellas dijo:

—Tan bien como estábamos... ¡Si no hubiera sido por ti, vagabundo hambriento, esta discusión jamás se habría alzado entre nosotras dos!

—Merece un escarmiento por ello —repuso la segunda.

Y dejando a un lado ambos platos, se abalanzaron contra Min esgrimiendo sus bastones y golpeándolo donde conseguían hacer blanco.

Min se las arregló para salir huyendo, pero sin haber podido evitar que dos o tres golpes propinados le alcanzaran a la espalda. Contuso y hambriento, siguió andando, profundamente apesadumbrado.

—No sé lo que ocurre alrededor mío. Últimamente, pareciera que nadie logra ponerse de acuerdo con sus semejantes... ni consigo mismo... Y entristecido como nunca, llegó por fin al Monasterio. Ya en el interior del mismo, su Maestro Kam lo observó seriamente.

—No mereces que te permitamos el ingreso nuevamente —le dijo, agregando:

—Espero que esta sea la última vez.

Iban camino a la habitación de Min, cuando súbitamente, su Maestro se detuvo:

—¿Y si no fuera esta la última vez, sino una de las tantas veces que vas y vienes? —dijo.

—No, no puedes estar ya entre nosotros. Es mejor que regreses por donde has venido. La vida aquí dentro no es la que te corresponde. Todavía bulle el mundo en ti y debes marcharte con él.

Y dicho y hecho, lo acompañó a la puerta de salida.

Estaban llegando a ella, cuando Kam volvió a detenerse.

—Es claro que es la confianza en el cambio de las criaturas humanas lo que atrae a los Budhas de Compasión hasta este perdido planeta... Si no fuera por ello, no existirían Maestros. Nosotros, más pequeños que los Perfectos, debemos seguir sus huellas, de modo que puedes quedarte... Y volvieron sobre sus pasos, pero no sobre muchos de ellos, pues una nueva duda, —o un nuevo razonamiento— asaltó la mente de Kam.

—¡Es claro que nuestras Escrituras son bien claras en un caso como el tuyo! El *Bhagavad Gîtâ* dice “nada digáis de esto al necio”... y quien, como tú, ha abandonado tantas veces el Camino, no merece ingresar nuevamente a él, ide modo que ya te estás yendo de aquí para siempre!

Llegaban a la puerta, cuando volvió a cambiar de parecer. Esto ocurrió innumerables veces, y fueron tantas, que terminaron agotando la paciencia de Min.

—¡Basta, basta! —gritó entristecido y conteniendo los sollozos. ¿Es que mi Maestro se ha vuelto loco? ¡Jamás te he visto así! ¡No te conozco! Dime por última vez: ¿me permites quedarme o debo irme?

—Vete —dijo Kam.

Y Min, con lágrimas en los ojos se alejó del Monasterio.

Se sentía sumamente hambriento y cansado. Pocas eran las fuerzas que le quedaban para desandar el largo camino, de modo que buscó el amparo de un árbol cuya sombra era espesa y se tendió en el suelo quedándose profundamente dormido.

Tuvo sueños extrañísimos. Soñó por ejemplo, que venía a buscarlo el dios de la muerte, Yama, y le decía:

—Has vivido inútilmente, tu vida no tuvo jamás una dirección fija, de modo que deberás devolver ese cuerpo y regresar a las regiones astrales. Así, por lo menos dejarás de hacer sufrir a la gente, como ser, a tus compañeros del Monasterio que mucho creyeron en ti y te amaron. Tú, sin embargo, no cesabas de lastimarlos con tus continuos adioses... Sí, es mejor que vengas conmigo.

—¡No, no! —gemía Min, desesperado—. No quiero perder mi cuerpo, aún soy muy joven, ¡no me lleves a tus regiones sombrías, te lo ruego!

...Y cuando Yama estaba a punto de concederle la vida, volvía a arrepentirse y aseguraba que se la quitaría.

El dolor y la angustia de Min no tenía límites. Despertó envuelto en sudor, con el corazón latiéndole alocadamente.

Entonces lo vio todo claro, así, de pronto, como un relámpago.

—No he visto a Yama-Ji, no he buscado mujer para casarme, no fue mi Maestro el que descubrí dubitativo, no me asaltaron los ladrones, ni me herí en aquella zanja para que los médicos no pudieran ponerse de acuerdo sobre mi mal. Tampoco fueron las viejecitas quienes me golpearon... He sido yo mismo. Siempre he sido yo mismo en todas las situaciones, enfrentado con mi propio espejo: el espejo de mi mente, el espejo de mi ser desdichado. Cada quien halla a su paso su propia imagen.

El mundo es un espejo, ahora lo comprendo. No hay hombres malos si no somos malos nosotros mismos, y la bondad nos sonrío cuando interiormente no existe la más débil sombra de crueldad... Desde ahora en adelante, me determinaré por un solo Camino; bien sé cuál es el que escogeré, es el que nos regresa a nuestro Gran Amor, a nuestro Primer Hogar... Permaneceré debajo de este árbol, sumido en oración, higienizaré mi ser de tantas dudas, y cuando me sienta purificado, segu-

ramente que regresaré al Monasterio... para no salir jamás de él... Sus dulcísimos muros serán la ropa que cubra mi desnudez mística. Beberé el agua clara de las oraciones, y para ello, Dios mi Señor Amado me ayudará en esta bendita senda de la purificación.

Y así fue. Min permaneció por mucho tiempo, bajo el árbol que le abrigaba con sus ramas y lo alimentaba con sus frutos. Nunca supo cuánto tiempo pasó, pero eso sí, cuando regresó por fin al Monasterio, era un alma purísima. Su Maestro lo recibió con lágrimas en los ojos y todos sus compañeros con ternura inmensa. Nunca salió del Monasterio, nunca más intentó irse, y cuando lo hacía, era para predicar, diciendo:

—Las criaturas humanas, como las mariposas, nos sentimos atraídas por las innumerables flores de este reino de *Mâyâ*. Es preciso un espíritu despierto para ver el Sendero. Cuando esto es imposible... tened Fe. Los Dioses siempre ayudan al débil en el Camino del Gran Encuentro... Lo ayudan por Amor, y no cejan en su empeño hasta devolverlo a la Senda...

*Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura*